

VISIONES

DE ARTISTAS



LA fecha de año nuevo es evocadora de visiones pasadas. No es sólo el año que termina el que se recuerda; son todos los años, todos los recuerdos de nuestra vida los que acuden a la memoria al sonar las doce campanadas que indican la hora de un año que termina y empieza la aurora de otro, que traerá para nosotros sabe Dios qué penas, qué tristezas y algunos momentos de alegrías, tal vez.

Y en esta hora de recuerdos, haciendo evocaciones de las comedias de la vida, han llegado también visiones de comedia del teatro. Y han sido ellas, para hablar más genéricamente, las que han aleteado un momento junto a nosotros, ellas, las artistas, que como aves viajeras que son, trajeron a nuestro clima un poco de alegría y de gracia.

Visiones de artistas, que a medida que os alejáis, a pesar que el público se preocupa sólo del actualismo, estáis más frescas en nuestro recuerdo. Como cabalgata de walkirias llegáis hasta el silencio de mi pieza de trabajo, envueltas en un crepúsculo de finales de estío, para revestiros con las gasas de esas nubes que se deshacen en los montes lejanos...

Recordemos...

Suena en nuestros oídos de nuevo el cantar apacible de una tonadilla, y es entonces Resurrección Quijano la que se presenta otra vez al recuerdo, graciosa, desenfadada, pronta a decir un donaire al público que la interrumpe en un cantar. Tocada de mantilla, canta una copla española; con mantón, una donairosa chulapería de los barrios bajos, y vestida de salón, echa a volar las notas de una tonadilla que dice de sedas y de nostalgias. Su recuerdo se aviva, porque fue ella la primera que dió a conocer el género entre nosotros, la más franca, quizá la más salada.

Y vienen, allá lejos, dos figuras simpatísimas: las hermanas Suárez. Cándida, la gentilísima, y Blanca pizpireta y aguda como un cantar. Me parece que vuelvo a ver a Cándida, con sus grandes ojos azules, con su cabeza que pedía una corona, cantando el trozo del "arlequín" en la opereta "La Generala", trozo que nadie ha cantado como ella. Quizá otras le dieron más arte, pero ninguna puso en él más belleza y más distinción. La imagen de Cándida desde el retrato parece decirme con su acento señorial:

—¿Le gusta a Ud. mi "Generala"? y nosotros fingiéndonos chulos, le respondíamos:

—Una multitud...

Blanca, con sus ojos cálidos, del mismo color que los de su hermana, nos hace un guiño, y creemos volver a verla en "Los Granujas". ¡Qué granujilla aquel más simpático y seductor!

Y estas dos visiones enloquecieron por muchos días a la juventud. Hasta los muchachos de quince años las iban a esperar a la salida del teatro y todas las noches las acompañaban a casa, en cortejo de admiración y rendimiento.

Tras ellas surge una figura pequeña, tan pequeña que casi desaparece ante nuestras miradas. ¿Quién es? ¡Ah! Amalia de Isaura, un gran talento dentro de un cuerpo tan pequeño que parecía un gracioso aplasta-papel para un gabinete de artista. Vino con Carreras, el único, el inolvidable, que terminó sus días en un manicomio como cansado de hacer chistes locos, que lo hicieron enloquecer a él también.

La Isaura dejó un recuerdo inolvidable. Nadie como ella, hasta hoy, para subrayar un couplet chulapo; nadie como ella para insinuar una malicia de buen gusto; nadie como ella para conseguir que una figura de poco más de un metro se agigantara en el escenario viéndose grande y a veces colosal, en la creación de un tipo o en la composición de una tonadilla.

Y luego las visiones son otras; otras las que invaden nuestro recuerdo. Vienen bailando, algunas; otras creando un couplet gitano. "La Malagueñita" se presenta con sus ojos de fuego, con su figura de real moza, con sus castañuelas que vibran intensamente en sus manos blancas. El Garrotín de Malagueñita es inolvidable.



En ciertos momentos conseguía que las miradas de todo el público, se clavasen en ella, mientras en el baile gitano ella revelaba los tormentos y los deseos de una raza. Dos o tres ritmos de líneas, en aquella danza, no han sido por nadie superados.

Le sigue Pastora Imperio, con sus ojos de misterio, verdes y fosforescentes; con sus movimientos únicos, con su personalidad de primer actor cómico, con su expresión en la cual se había amasado toda la gitanería de su raza bohemia: "Chulapa soy, chulapa he sido..." susurra la orquesta, y ella enloquece a los españoles que prorrumpen en vivas y bravos, y para tocar nota más alta, baila aquella danza acompañada a la guitarra, alzando sus brazos de bayadera, en movimientos serpenteos y elegantes.

Tras esta visión tan típica, surgen unas castañuelas enloquecedoras, unas castañuelas que tienen el poder de sugestionar, que repiquetean, que redoblan, que tienen el mágico don de emitir notas claras y notas roncadas de pasión. ¡Ah! Es "La Argentina", que baila "las alegrías" escritas por el maestro Quinto Valverde. Nunca en un teatro hemos oído una explosión de entusiasmo mayor y más franco al terminar aquel baile de La Argentina. Por unos momentos hemos asistido a una verdadera creación hecha de un trozo musical. Los ojos claros de la bailarina se han iluminado con sol de plaza de toros, reflejando en el fondo de ellos como la visión de miles de mantillas y de mantones que se agitan alrededor de un redondel, mientras la música apasionada y alegre, elocuente y típica, susurra en los violines y vibra en los bronceos.

Se hace un silencio augusto. La visión cambia. Del escenario alegre, pasamos a otro tapizado con terciopelo obscuro, con terciopelo como de altar para oficiar un rito extraño, y aparece una figura alta, pálida, con palidez de cera, llevando en sus manos un incensario de esos que perfumaban los ídolos del viejo Egipto. Es Tórtola Valencia, que acalla nuestra alegría en la Danza del Incienso; que nos trae desde el fondo del Egipto secular, un recuerdo sagrado que ella sabe hacer arte exquisito y emocional. Llega hasta las plateas el dulce y cándido aroma de la mirra y del nardo, mientras la bailarina, con pasos lentos, con ritmo estatuario, oficia ante un dios antiguo y misterioso.

Sigue a esta visión, otra más fina, más ingenua, más dulcemente cándida, más moderna, tal vez, que trae un violín en sus manos y en sus ojos soñadores, profundos y misteriosos como los de nadie, un ensueño de arte puro. Es Norka Rouskaya. La música insinúa un aire melancólico del nostálgico Chopin, y las notas del sublime nocturno llenan la sala de sollozos y de suspiros, y la bellísima Norka, con su andar rítmico, con su ingenuidad de niña, compone con arte exquisito el "Nocturno de Chopin", para luego deleitarnos como en un sueño de aurora con la Danza de las Sifides, bajo su cabellera rubia de hija del norte.

El decorado varía de improviso. Estas dulces visiones de la danza, del ritmo, dan lugar a otras más picarescas y de más actualidad, y surge la opereta, y llega Esperanza Iris, la mejicana, de ojos ardientes y de formas opulentas y de movimientos lánguidos de criolla, cantando el vals de "Amor Enmascarado", cantando todos esos vales que la artista sud-americana trueca en ríos de oro por donde pasa.

En seguida la más alta de todas, la más definitiva en su arte, la que es gloria de un teatro y de una nación: la gran Doña María Guerrero, con su traje de Doña María la Brava, con sus actitudes estupendas, evocando la historia de España verificada por la línea de oro de un Marquina o de un Villaspesa. María Guerrero, talento escénico que ha sostenido el teatro español por espacio de más de veinte años, junto con otro gran talento que se llamó José de Echegaray.

Y por último, una visión elegante, delicada; una mujer nacida para actuar en salones y para tener trato muy íntimo con sedas y aristócratas: la gran Rosario Pino! la creadora exquisita del teatro de Benavente. Su visión está lejana, pero se nos presenta como si la hubiéramos visto ayer, en la atormentada Isabel de "Rosas de Otoño"

y en este instante la nostalgia parece que es más aguda al recordar aquellos ojos húmedos y azules que tan bien sabían llorar, que tan bien sabían reír!... y más que nada que nos hacían llorar en las comedias de melancolías y de sentimentalismos...

—Y Paquita Escribano?—nos dice alguien a nuestro lado.

—Poco podemos decir, porque ya tanto bueno el público dice de ella en estos momentos. Nosotros agregaremos: ¡La de la boca adorable!

Y al cerrar este desfile de visiones, un rostro hermoso, tocado de mantilla goyesca, nos mira desde su retrato en nuestra sala de trabajo. Es la Goya, que no conocemos aún, la evocadora de las grandes majas, la exquisita por excelencia, que lleva prendido a sus labios un madrigal antiguo y a sus ojos un ensueño de la España de los duques y los marqueses...

Y al disiparse el desfile de visiones, este retrato de maja goyesca es lo único dulce y grato que queda para hacernos compañía en este final lánguido de crepúsculo de estío...

